

Mapa de Grecia, de Enrique Badosa

José Corredor-Matheos

Después de algunas dudas y vacilaciones he creído oportuno entrar en la poesía de Enrique Badosa a través de uno de sus libros. Me incliné primero por *Marco Aurelio 14*, hasta entonces mi libro predilecto, pero me alegraría después que se me hubiera anticipado el amigo Laureano Bonet. En su día, cuando se publicó *Mapa de Grecia* por primera vez, me produjo gran impresión, pero los libros que iría publicando y mi predilección por *Marco Aurelio 14* me impediría que lo frecuentara todo lo que merece. Preparar mi intervención me ha convencido de que *Mapa de Grecia* es un libro de gran creatividad, penetrante, que nos sorprende a cada momento y que, probablemente, es el mejor de su autor. Es significativo además por tratarse de un país y una cultura por la que Enrique Badosa siente tanta admiración y se halla en el centro de su formación humanística. Enrique tiene que haber sido poseído por algún dios, sin duda el mismo Apolo, aunque, sobre todo hacia el final, asomen alguna que otra vez las orejas de Dioniso.

Creo que sólo deberíamos hablar de aquello que conocemos muy bien y que forme parte de nuestra substancia, y todos sabemos lo que es Grecia para Enrique. La ha visitado con frecuencia, no sólo a través de su literatura y sus restos arqueológicos, y ha tenido allí encuentros que nos hacen pensar que ha terminado por formar parte de Grecia. Con amigos de confianza ha recordado su encuentro con los Dióscuros, Cástor y Pólux, que incluso le sacaron de un apuro en una solitaria carretera de montaña. Creo que los dioses se equivocaron cuando le concedieron vivienda en la calle Marco Aurelio 14, porque, aunque fuera este filósofo y emperador hombre muy sabio y justo, habría sido más lógico que la calle se llamara Apolo y no la hubiera cambiado de nombre la alcaldía por considerarlo elitista. En mi opinión, la mejor poesía es símbolo, y no exactamente en el sentido del simbolismo propio de la corriente originada en Francia, basada en metáforas, como noble artificio del lenguaje, sino expresión del sentido más profundo de lo real.

Mapa de Grecia nos permite conocer cómo entiende Enrique la relación poesía-realidad, dando por supuesto que lo es la poesía misma. Teniendo en cuenta que ésta, no sólo, o no esencialmente, como la propia de un tiempo y un espacio concretos, sino alcanzando a ver lo real como un espacio-tiempo único, invariable, en los niveles más profundos. Entrelazada con esta concepción del tiempo y el espacio está la opuesta del

viaje hecho con la conciencia de que el trayecto tiene tanto sentido como lo que se supone que es su destino. Aquí podemos recordar el valor profundísimo que tiene el *Ulises* de Homero. Se me ocurre que siempre podríamos descubrir muchas cosas sobre el carácter y las aspiraciones del ser humano a través del viaje: de adónde se va y cómo se viaja.

Veamos algunos otros versos especialmente significativos y que dan idea tanto de sus valores poéticos como de los referentes al conjunto de la poesía de Enrique Badosa. La poesía, en general, nace del asombro y, aunque fruto de un solo individuo, puede convertirse en la voz de la sociedad casi con la misma fuerza que en las antiguas civilizaciones. Al asombro se ha adelantado la sorpresa. Enrique Badosa, que se siente tanto en su tiempo como en el pasado, lo expresa con claridad. En el poema que se titula *Atenas*, con estas palabras: “¿Merezco lo que me ocurre? / ¿Quién me levanta? ¿Quién pone ante mis ojos / esta luz de la luz?”. En uno de los poemas de *Mapa de Grecia* leemos también: “toda Grecia es centro de la luz. / Y más que nunca pregunté, pregunto / qué comienza y que acaba la belleza”. Sigue otra pregunta (la poesía es, ante todo, una pregunta constante) que nos habla de la profundidad de este poeta: “¿Quién me conmina / a callar y a decir a un mismo tiempo?”.

El poema titulado *Partenón* se desarrolla con carácter de letanía, que le añade un rasgo que la acerca, formalmente y en el sentido, a la antigua poesía sagrada, y la palabra “nunca” se va repitiendo. Pero esa casi perfección —la verdadera sólo es atribuible a los dioses— contrasta con la decadencia, la fragmentación, la ruina: “¿Por qué la insidia contra la hermosura, / la pertinacia en corroer la luz?”, leemos a propósito de las cariátides, y el poeta nos habla de “la muerte que es también la muerte”.

Todos los que conocemos a Enrique Badosa sabemos que es hombre de diálogo y nos resulta fácil imaginarlo en el ágora griega, conversando como un poeta griego más. “Si no estamos aquí para seguir hablando, / perderemos el tiempo” nos dice. Y añade la importancia de la amistad, otro rasgo que le es también muy caro. El poema acaba con una nota de ironía que subraya la hermosura y calidad de “los vinos de esta tierra” griega: “Y ni siquiera amarga es la cicuta que bebió Sócrates —seguro que sin tanto gusto— si debemos brindar por la verdad”. La verdad, la belleza, la vida van siempre acompañadas de la muerte, aunque ésta sepa hacerse invisible. Sintiéndose Enrique soldado en la batalla de las Termópilas da muestra de su generosidad con estas palabras dedicadas a su contrincante: “Soy fuerte y hablo poco, soy todavía joven, / no debiera morir, pero morir / es mi mejor palabra. Con ello te saludo”.

La Grecia clásica ha quedado como modelo ideal de vida en común y, en cierta medida, de modelo de vida individual. Naturalmente, salvadas ciertas distancias, grandes diferencias introducidas por el paso del tiempo, pero que no impiden que, a nivel simbólico, se mantengan vigentes. Lo suficiente para que, de manera justificada a nivel poético, Enrique Badosa escriba en este libro: “porque aquí —la Grecia que rememora en este libro—, más que nunca el hombre es hombre, / para no hallarte solo, ya que nunca estás solo”. Y el entusiasmo por Grecia le hace decir: “¡para querer a Grecia más aún, / para querer tu tierra más aún, / para tu testimonio de hombre libre / aquí y en donde sea, / para vivir más libre de ti mismo / y para querer más libertad!”.

Mapa de Grecia es un libro unitario, en el que podemos apreciar su variedad, que le permite responder a los diferentes retos que plantea algo tan importante como es la Grecia antigua para nuestra cultura. Así, el carácter que tiene ésta, sobre todo en la época arcaica. Y en *Teatro en Dodona* nos habla “del susurro del roble refrescante, bajo cuyo reposo tal vez nos acogimos” y del “susurro del roble y de su sombra”. Y recordemos que, en las antiguas culturas, la voz de un árbol es la voz de un dios. No podía faltar en este libro una referencia a Ulises, personaje que sigue estando tan vivo, presente, en el mundo moderno. Y el poeta le pregunta: “¿Para qué quieres regresar a Ítaca? / ¿Te sientes ya cansado? ¿Ya? ¿Tan pronto?”. “¿Si fueras tan astuto como dicen, / pasarías de largo. / ¿Por qué volver a Ítaca, / cuando hacen tanta falta / hombres de ventura?”. La respuesta sería que Ulises no ignoraba que el ser es, para decirlo con Heidegger, para la muerte. Y el poeta termina su poema con estas palabras: “El que en Delfos se ignora, se conoce. / La pitonisa sigue hablando claro”. Y aquí podríamos ver la marca de Oriente que nos recuerda que verse es comprobar que, en verdad, nada eres como tal yo. Cuando habla de Corinto escribe: “La sientes protegida por las columnas dóricas, / ni siquiera corintias”. Enrique sabe bien que el dórico, todavía arcaico, revela que Grecia conservaba el carácter sagrado del arte, que se perderá poco después.

De la Grecia antigua nos quedan unas ruinas que dan testimonio de lo que fue. Si las viéramos tal como eran los edificios en realidad acaso nos atraerían menos de cómo han quedado. Policromados, sus vivos colores podrían resultar chillones: una suerte de *pop art* muy alejado de cómo los imaginamos. Como ruinas, en cambio, tienen un enorme atractivo, en buena parte porque vivimos en una época en que todo está fraccionado, en una crisis que ha convertido el mundo en pura ruina. Recordemos la importancia que tiene el collage para el arte contemporáneo y la dificultad para evocar la figura humana en la pintura desde la acción demoledora de Picasso. Es como si

fuéramos incapaces de ver el mundo en su conjunto y en su profunda unidad. Nuestro poeta rememora lo que gozó ante los restos —no despojos, dada su extraordinaria belleza— de la antigua Grecia, pero advierte: “Hay un mayor silencio en cada piedra, / una concavidad de mal presagio (...) aquí no queda nadie, / perdurarán los gritos de las manos cortadas, / aquí nombres vacíos, / y cruje a ras de suelo, un viento de hachas dobles”.

Grecia inspira respeto, por la gran belleza de su cultura y por su entendimiento profundo del ser humano. Y debemos también respeto a los que la aman. El poeta, por ello, se muestra discreto y con fina delicadeza: “Oh, no temáis, / pues mi presencia impura será breve. / Con el mayor respeto por los dioses, / los mitos y los padres del teatro / a los cuales debemos tanta sabiduría, / y también por vosotros, / os digo que pasaba por aquí, / donde el hablar perfecto tiene piedras perfectas (...) Tenía que decir y así lo digo, / una vez más y en el lugar más alto (...) que un bárbaro también puede acercarse / a la gran tentación de la palabra, / a perecer por ella si es preciso, / ya que un hombre no vale más que otro hombre. / Si alguien puede entenderlo sois vosotros”.

En esta tierra de Grecia el poeta encuentra también reposo y confianza en la delectación del instante. La placidez de apreciar el tiempo que, en vez de pasar, se detiene para el poeta: “Aquí maduran pronto / los cálidos dulzores de la fruta. / Era tarde de agosto que culmina, / con todo el sol y con la fuerza toda / de estar vivo y en Grecia”. Y en el poema titulado *Palacio de Néstor en Pilos*, el poeta nos confiesa: “El detalle más mínimo / podía concederme el gran secreto / que padecen los sabios. / Sentí que estaba a punto de encontrar / la luz descifradora, / oh gozo de la mente. / Y de pronto la luz tomó la luz, la forma / el sabor y el aroma de unos higos maduros, / caídos, casi puestos con misterioso amor, / sobre mampostería milenaria. / ¡En Pilos yo he sabido lo que nadie!”.

Es mucho lo que el lector encuentra en la poesía de este bellísimo, extraordinario libro de Enrique Badosa. En su viaje por Grecia —y todo poema es también un viaje— ha encontrado y sentido la belleza y ha percibido más allá de la belleza misma. No olvidemos nunca lo que nos enseñó Rainer Maria Rilke: que “la belleza es el principio de lo terrible, ese grado que todavía podemos resistir”. Enrique Badosa, al final de *Meditación del mármol*, se pregunta: “no olvides esto: / siempre hay un mármol más allá del mármol. / Más allá de lo bello, ¿qué sucede?”.